

PROVERBIO

No vayas, alma, a mendigar honores al pie de los palacios. No en los dorados pórticos esperes el paso del magnate, ni formes comitiva a la triunfal carroza. No vayas, alma, a despertar rencores al seno de las turbas. No intentes pedestal para tu fama labrarte con auxilio de la fuerza del pueblo, eterno esclavo que eternamente adula y eternamente hiere. Si quieres, alma, honores, lucha sola! Alma, si honor pretendes, lucha libre! Ni a reyes ni a villanos jamás tu noble orgullo se doblegue. Ni a grandes ni a pequeños intentes halagar con tus palabras. Que los grandes salpican y los pequeños manchan.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Aves de paso

Bajo la lluvia tenue y persistente de estas noches de octubre, en la intensa oscuridad que todo lo cobija, cruzan por el espacio los ejércitos de pájaros exóticos que se internan más y más en la región del Trópico.

Vienen de las zonas del setentrion, huyendo de las inclemencias del invierno, y buscan refugio tibio bajo este sol reverberante que fascina.

En horas en que la ciudad duerme y parece un cementerio poblado de silenciosos mausoleos, pasan, con velocidad de flechas, esas bandadas emigrantes; dan unos cuantos revuelos sobre la iluminada metrópoli y prosiguen navegando en las tinieblas.

Allá, en el Norte, colgado al verde olivo, cerca del árbol del manzano, dejaron sus nidos donde el amor los arrulló. Llegaron las primeras ráfagas frías, precursoras del invierno, y a su presencia, la familia se congregó, los allegados se dieron cita, y entonando el canto de despedida, abandonaron el bosque, la enramada y los queridos vergeles.

Sólo quedaron los inválidos, aquellos que la ancianidad minó, aquellos que no tuvieron fuerzas para cruzar la inmensidad.

Los otros huyeron en busca del clima suave, de sitios con frutos abundantes y del calor que es vida, mientras que

en la solitaria lejanía perecerán, envueltos en la nevada cruel, los que no pudieron remontarse a las alturas o aquellos que el destino redujo a prematura decrepitud.

¡Pobres pájaros cautivos, muertos casi por su propia impotencia!

Imagen sois de tantos seres enclenques de la mísera humanidad, de aquellos que el dolor marchita en la vejez o que la adversidad hiere cuando apenas se disponen a emprender la ruda marcha de la vida con la ilusión del juvenil despertar.

Salud, pájaros viajeros, dominadores del espacio, señores de los aires, los que vais dichosos en pos de otros bosques, de otros climas y de otros encantos.

Sois la energía, la victoria que culmina, el empuje de la fuerza vencedora que se impone con la potencia de su vuelo y que se solaza a sí misma con la cadencia de sus arrullos.

Como vosotros van por el mundo muchos a quienes las medianías enseñoreadas llaman desheredados, pero que desdeñando los abrojos y tropiezos que a su paso hallan, se remontan con su propio vuelo impelidos y guiados por su inteligencia que es luz y por su orgullo que es bronce.

¡Salud, pájaros viajeros, dominadores del espacio, señores de los aires.

LEONIDAS BRICEÑO.

Elegía blanca

El Señor sea contigo, pálida Hermana, que en un arrobamiento místico te marchitas en la frialdad de un claustro!

El Señor sea contigo, porque causa aletargadora melancolía verte con tu palidez agonizante y con tu figura toda, que tiene la vaporosidad inquietante de los fantasmas.

No sé que aterra al verte con los pálidos rasgos de la cara afilados, y negros y grandes y muy pensativos los ojos, como en la plenitud de un ensimismamiento contemplativo, y casi marchito el frágil cuerpecillo, que fuera un día vaso de fragancias.

Si pupieras cuántas veces me ha devorado la inquietud al pensar en el estremecimiento que asaltará a las sombras cuando, en las noches plétóricas de silencio, te sienten pasar por los vastos y sombríos corredores conventuales, blanca y pavorosa como el alma aterradora de una fúnebre pesadilla... en las noches plétóricas de silencio, Hermana, en que vas a escuchar la querrela de la fontana en los vastos jardines dormidos y amortajados de luna!...

El Señor sea contigo, pálida Hermana, porque te devora la Histeria y te ha dado tal aspecto que ya no pareces hecha sino para ser admirada a travez de una ventana llena de sol y detrás de calados cortinajes, toda vestida de blanco, en el lánguido dejamiento de las tísicas, que sienten írseles la vida en lentos y dolorosos deshojamientos.

El Señor sea contigo, Hermana, también porque has trocado los inquietos amores mundanos por los pacíficos y sedantes ultraterrenos que, no obstante todo, siempre se gozan con hastío.

Yo te compadezco, pálido lirio de melancolía, porque sé que fueron los desengaños quienes te hicieron trocar las fatigosas actividades de la vida terrena, por la quietud y monotonía de la vida mística. ¡Es natural, Hermana: te hastió el placer y te fatigó el vicio!...

El Señor sea contigo, Hermana, porque eres trágicamente pálida, porque eres indecisamente frágil y porque has sido una pobre histérica vencida por la vida.

El Señor sea contigo, Hermana, porque por ser tan pálida y por tener la vaga indecisión de las neblinas, pareces hecha como para ser ensalzada por los buhos, en endechas crepusculares, en las tardes silenciosas amortajadas de bruma!...

El Señor sea contigo, Hermana!...

MINI.

Junio 10 de 1914.

CANTOS VIEJOS

Las Amapolas

Para Mario Sancho.

Una zagala tierna y candorosa
al bañarse de un río en la corriente,
puso la ropa cautelosamente
entre salvia, tomillo y malvarrosa.

A buscarla después corrió afanosa;
pero, el Amor por verla, astutamente
se la había robado, y sonriente
miraba oculto a la afligida hermosa.

La vergüenza su cuerpo estremecía...
Su desnudez la sangre en aureolas
con un velo de púrpura cubría.

Lágrimas fueron del rubor las olas
y en la tierra que el llanto recibía
brotaron las primeras amapolas.

Sin fe de erratas

Para Guillermo Vargas Calvo.

De su paso en el Mundo arrepentido
trazara nueva senda en su carrera,
el mortal que la dicha consiguiera
de tornar otra vez a ser nacido.

Sin poder sepultarla en el olvido
la visión del pasado desespera;
y no llega jamás la edad primera
ni las horas que rápidas se han ido.

El *Eterno* en *autores* nos convierte;
y en el libro del *Tiempo*, referida
dejamos nuestra historia; de tal suerte,

que no la vemos nunca corregida...
Pone *Fin* la llegada de la muerte
y va con las *Erratas* de la vida!

¡Homicida!

Para Rubén Coto.

Antes de terminar nuestros amores,
un día, que por verme te asomaste,
mariposa bellísima encontraste
posada en tu balcón, junto a unas flores.

Viendo de su belleza los primores,
tomándola en tus manos la besaste;
y con esa caricia la mataste
robándola el polvillo de colores.

Hoy, sé que eres infiel y caprichosa;
y me digo al mirar los embelesos
de tu boca gentil, color de rosa:

—Después que de pasión en tus excesos
diste muerte a la pobre mariposa,
cuántos habrás matado con tus besos!...

JOSÉ R. GUTIÉRREZ.

BAJO LOS CIELOS DEL GUANACASTE

¡Cuán placentero es para nosotros contemplar el cambio majestuoso de estaciones en este pequeño rincón del mundo! Cada estación trae consigo placeres sin cuento para las almas que fervorosas ofician ante el altar sublime de la Diosa Naturaleza. La entrada del cálido verano nos causa una alegría intensa, indefinible, después de haber permanecido varios meses, largos y monótonos, bañados por las torrenciales lluvias del frío invierno. ¿Y la entrada de éste, no llena también nuestros pechos de regocijo palpitante? Las primeras lluvias que caen, agitadas por el ala poderosa de los tempranos vientos invernales, como hilos de bruñida plata, sobre el campo tostado por ese sol calcinante del verano, parece que despertaran a la Natura de una somnolencia yaga en que vivía.

Esas primeras lluvias que caen, son para las marchitas plantas lo que el bálsamo de consuelo para las almas atormentadas de la vida. Esas primeras lluvias que caen tan dulcemente, alegran a millares de pajaritos que, agobiados por el peso fatigoso del verano, permanecen tristes y enmudecidos. Dejemos por un momento esa prosaica vida de la ciudad y salgamos al campo fresco durante estos días de solaz y de ventura, ya en las horas matinales, cuando la luz del sol cae suavemente sobre las florestas como una muselina de oro que flota entre el follaje, o ya en las horas postrimeras del día, cuando todo parece prepararse para el sueño tranquilo de la noche, cuando el ocaso muribundo se

tiñe de rosicler y nácar, cuando, en fin, las vespertinas auras vuelan perezosas poblando el ambiente con sus perfumes arrancados a las flores desde muy lejos y, veremos qué alegres, qué contentos, qué felices saltan de rama en rama, de follaje en follaje, de fruta en fruta entonando melodiosas armonías, bañando con sus notas musicales, sonoras y melifluas al campo que mirífico revive! Ese otro mundo, el más feliz, está de fiesta. Los campos se visten con el manto puro de verdura, salpicado todo por flores de vívidos matices. El ambiente se aromatiza con el perfume suave de esas flores voluptuosas, florecillas primaverales que empiezan a abrir al sol resplandeciente sus cálices repletos del néctar codiciado por los gorrioncitos y las avejitas color de oro. Y qué diremos del humilde labriego que piensa sólo en su granero? A él también las lluvias lo alegran, vaya que sí, pues ya volverá contento al campo amado a sembrar la preciosa simiente, arrullado por el himno sacrosanto, entonado por los parleros pajaritos, por el susurro blando de las fuentes; el himno del trabajo; para recoger, meses después, el dorado fruto de sus afanes íntimos; el pan puro amasado con el sudor cristalino de su frente, que le envía el Ser Supremo en recompensa de su lucha recia y no interrumpida por la existencia. Sí, él cifra todo su porvenir en esas claras lluvias, caídas del firmamento. Más tarde esta alegría pasa, como todo pasa en la vida. El mundo parece mustio y silencioso; el manto negro de

la tristeza cubre bajo sus pliegues densos nuestras almas enlutadas por desvanecidas ilusiones; los rayos del sol que apenas caldean la atmósfera, pálidos y apacibles bañan los floreados sotos. Una melancolía profunda, indefinible, inexplicable; una calma, quizá dulce, se apodera de la naturaleza. Los rostros pálidos y medio compungidos pasan por las calles húmedas, sin que el fuego sagrado de sus almas brote en fulgores vívidos en sus ojos tristes. Todo esto sucede cuando se instala el crudo invierno con su cortejo de lluvias, con sus cielos encapotados, con sus nubarrones tétricos, con sus caliginosas sombras, con sus días somnolientos y opacos, con sus noches lóbregas y sombrías. Entonces la nostalgia se apodera de nosotros para martirizarnos con sus dolientes horas; nos agobia tristemente y es entonces, cuando renegamos deveras del vivir. Sí, hasta las marmóreas tumbas sufren, y sufren mucho; y, por qué será? . . .

Ya las flores no brotan espontáneas en los desolados campos, como las ilusiones sonrosadas en el alma de los jóvenes . . . ya los horizontes aparecen entenebrecidos, empañados, como los ideales, como las aspiraciones del anciano sentado con su fardo de ya muertas esperanzas a la vera del camino esperando el nuevo día.

ALVARO R. CEBRIÑÉZ.

San José, marzo de 1914.

CARUCHO

(Conclusión)

Las lágrimas corrían por las mejillas del niño. Comenzó a contar; fué un torrente de palabras dichas en tono ansioso, interrumpido a cada rato por los sollozos. No olvidaré nunca la voz suave de Carucho resonando quejumbrosa en la gran sala:

—No lo veremos más dijo papá cuando le enterramos bajo la higuera. Yo no quería que le echaran tierra... pero Juan no me hizo caso i echó con la pala toda la que pudo. Al principio podía ver entre los terrones pedacitos de la lana blanca... después nada... Min se quedó quieto, quieto... Yo creí que dormía, pero papá me dijo que estaba muerto. Cuando muere un perro, nada se mueve dentro de su cuerpo; yo toqué al Min i todo estaba quieto. Por qué lo que antes se movía se quedó quieto? Dice Juan que es el corazón el que manda en el cuerpo i que cuando se detiene, uno muere. Cuando murió el tío Chico se quedó como Min? Yo nunca lo volvía a ver desde que se lo llevaron en su ataúd negro. Papá me ha llevado al cementerio i en un lugar rodeado por una verja i lleno de violetas está enterrado. Antes no comprendía cómo podía estar allí i no lo veía; ahora sí... está bajo la tierra como Min... Cuando ellos abren los ojos i miran que los cubre la tierra, deben sentir mucha tristeza. Oirán los pasos i las voces de los que pasan sobre ellos?...

Carucho quedó silencioso mucho rato.

—Anoche —continuó— cuando todos dormían yo pensaba en el Min i lloraba. Nunca más correrá a mi lado ni me saldrá a recibir cuando vuelva de la escuela. Pensé que tendría miedo de estar tan solo... me levanté sin que mamá me sintiera i fui a estarme con él un ratito, bajo la higuera. Me agaché i lo llamé para que supiera que yo estaba allí... Le prometí que no dejaré se lo coman los gusanos, que yo tengo una caja de cartón donde guardo mi gorrita nueva, para meterlo a él. Luego me arrodillé i recé un padrenuestro por Min, como lo hago todas las noches por el tío Chico... Mamá me dijo que cada noche al acostarme rezara un padrenuestro por el buen tío... Tenía frío i tuve que volver a entrar a casa. Viera qué tristeza cuando pasé por el patio... Allí se sentaba siempre mi perro a ladrarle a los gatos... Pensé en lo que dijo papá... que ya no lo volveremos a ver nunca... Por qué? Quiere decirme a dónde se van los que mueren?

Sollozaba con la cara escondida en mi regazo.

—Dice Juan que todos tenemos que morir como el Min; que papá i mamá i Ud. i Ana i yo. No lo creo. Quedarnos tan quietos como el Min y el tío Chico!... Ana no podría... Qué va!... ella

que se mueve tanto! Verdad? Ud. ha visto... Dígame si eso es cierto. Ah! si eso es así nos tienen que comer los gusanos porque ayer Ana habló de que pronto el perro no será más que un esqueleto... una cosa horrible que hai pintada en un libro de mi hermano grande. Conoce Ud. los esqueletos? Pues bien Ana dice que los gusanos se comerán la carne y dejarán los huesos pelados... Al principio creí que Ana se quería burlar de mí i les pregunté a papá i a mamá i contestaron como es cierto. Eso es horrible, horrible!... Quiere decir que el buen tío se cubrió de gusanos i que ahora no es más que un esqueleto? Si papá sabía eso, por qué dejó que lo enterraran? Es que papá no lo quería? I a mí cuando muera me enterrarán también?

Yo quise llevarme el chiquillo a jugar para quitar de su cabeza pensamientos tan lúgubres i dolorosos. Era de temer que enfermara.

—Prométame que si muero como el tío y como Min i quieren meterme también entre la tierra Ud. no lo permitirá... Con ellos no hai que contar: son malos! Ya ve lo que han hecho con los otros... Sin embargo ruégueles que me dejen en la casa, que me guarden en el armario grande; yo no quiero estar solo... no.. no.. Los gusanos me comerían. Que miedo! Si ellos insisten, lléveme a su casa, compre una caja bien grande de cartón i en ella me guarda... Pero no deje que los gusanos me coman...

Me suplicaba con sus grandes ojos, con las manos, con la voz. I yo le prometí no dejar que los gusanos se lo comiesen.

**

—Quiere creer lo que ha hecho Carucho?—dijo el padre apenas entré.—No sé lo que le pasa a este demonio de muchacho! Figúrese que hoi lo encontró Juan, con el azadón escarbando bajo la higuera. Le preguntó lo que hacía i le contestó que iba a sacar su perro. El peón me llamó i al interrogarme yo, me contestó imperturbable:—Saco al Min, papá, porque quiero guardarlo dentro de la caja de cartón donde tú me tienes guardada mi gorrita nueva; no tengas cuidado que no la dejé tirada; la guardé en tu gaveta. Así no se comerán al perro los gusanos como se comieron al tío Chico. I lo que me ha costado disuadirlo! Tuve que quitarlo de allí a la fuerza. Desde entonces está en la sala tumbado en el sofá. Venga Ud. i lo verá.

Tenía la cara escondida entre un almohadón. Me acerqué i le acaricié su hermosa cabeza cubierta de crespos negros.

—Soi yo. Qué tienes Carucho?

Levantó hacia mí sus dulces ojos color de pizarra, llenos de pena.

—No me dejaron sacarle—sollozó—i los gusanos se lo estarán comiendo. Po-

bre Min! Odio a la gente de esta casa, con malos, los aborrezco. I al hablar apretaba con furia sus dienteillos i amenazaba con el puño.—Dejaron que los gusanos se comieran al tío Chico... Malos! Malos!

Ahora hace muchos años que Carucho murió i al pobrecito... claro, se lo comieron los gusanos...

CARMEN LIRA

EL PRIMER HALAGO

Con gran placer hemos recibido de los pujantes escritores don Francisco Soler y don J. R. Gutiérrez las cartas que a continuación copiamos:

Sr. don Carlos Salazar G.

P.

Estimado amigo:

Y después de todo a usted qué le importa mi opinión? Sin embargo, yo soy enemigo de no pagar deudas que no sean de dinero, y usted comprenderá que no voy a quedarme así por que sí, con la alegría que me produjo la lectura del periódico que dirige usted con tan buen acierto.

Aquí donde vivimos viendo la digestiva cara del amigo Calibán, cualquier insinuación de vuelo que haga Ariel ha de sorprendernos, y mi sorpresa, naturalmente, sería ilimitada si yo no conociera bastante a quien realiza el esfuerzo a que vengo refiriéndome.

Ojalá no olvide usted que Rocinante anda por estas tierras tropicales sin jinete y lo monte para no descabalar jamás.

Fraternalmente,

SOLER

**

San José, 2 de mayo de 1914.

Señor don Carlos Salazar Gagini

Presente

Mi estimado amigo:

Una de estas noches lluviosas, que convidan a la quietud del hogar; rodeado del silencio lleno de sueños en que gusto vivir y hundido en él con toda la fruición de mi espíritu pensativo y huraño, leí su *Fiat Lux*.

Conociendo como conoce ya, mi simpatía por Ud. y el entusiasmo con que acojo los esfuerzos juveniles en pró del Arte, no ha de extrañarle que descuelgue,—siquiera por un momento,—la herrumbrada pluma de mis pasados tiempos de periodista;—pluma que se queja del largo y forzoso descanso a que se ve condenada—y le cuente las impresiones que me produjo la lectura del Benjamín de la prensa nacional, que Ud. y otros amigos han lanzado a luchar en la dura y desalentadora liza de la publicidad; en un medio ambiente refractario y por todos conceptos hostil a toda manifestación de cultura artística.

Bajo la barbarie civilizada de veinte siglos, quedan hundidos los tiempos paganos.

Cristo los mató al subir al Calvario. Revivir aquellos tiempos; resucitar aquellos bellos días idos para siempre, me parece una sublime idea, aunque de antemano sintamos la gran tristeza de sabernos impotentes para ello.

Levantarse sobre la mediocridad que nos rodea; construir sobre la estulticie que nos ahoga en una invasión de fealdad—que diría Pierre Luys,—amables decoraciones de vida, de juventud, de belleza, de optimismo, de amor, no es patrimonio que se concede al primero que llega: es una herencia lírica que nos viene de quién sabe qué remoto abuelo sentimental, hacedor de versos, rondador de verjas y rendidor de corazones.

Poner una gota de miel en la boca amargada por la hiel de este vivir sucio en prosa; dejar caer un pétalo perfumado en las turbias olas de la corriente del río infecto de la existencia, zurdida en mercantilismo, no es labor que puede hacer un *cualquiera*: se necesita para ello amar, amar mucho a esta torpe humanidad, que condena todo esfuerzo, ríe de los fracasos, aplaude al necio cuando le ve en coche y censura al genio cuando le mira el cuerpo cubierto de andrajos, sin pensar que lleva el alma envuelta en seda.

En estos días en que se nos asorda con el ruido de las máquinas ultramodernas, en en que se escribe a máquina, se habla inglés aprendido en fonógrafo y todo se convierte en geométrico y mecánico, desde los parques hasta el pensamiento, en estos días en que las mujeres quieren escalar la cátedra, la tribuna, el tribunal y hasta el volante de los automóviles, revivir el culto por la línea y el amor por la poesía, pareceme una andanza quijotesca, muy propia de los que tienen la noble entraña saturada de ideales, de bondad y de amor.

A eso que enumero, vienen Uds. plenos de energía y de ensueños. Yo los veo con cariño, dar los primeros pasos en la vida periodística, tan preñada de amargas desilusiones. Mi pequeñísima ayuda, material y moral, la pongo incondicionalmente al servicio de su *Fiat Lux*. Ojalá que su vida sea tan larga como los anhelos que le engendraron!

Constancia, fe y decisión son requisitos esenciales para obtener el triunfo. Uds. los tienen sobrados y vencerán.—Más si así no fuere, y su *Fiat* llega a morir por falta de apoyo, quédeles el consuelo de haber caído como caen los idealistas, como cayó el gran Martí: de cara al sol!

A luchar amigo mío y por grandes que sean las dificultades que se presenten y por crueles que sean los desengaños que recibían, recuerden que

De la marchita flor brota el perfume:

El pajarillo, en la tormenta canta!

Con todo mi afecto por Ud. y sus animosos compañeros, me pongo a sus órdenes atto. S. S. y amigo,

José R. GUTIÉRREZ.

Agradecemos a los señores Soler y Gutiérrez el alentador entusiasmo con que han recibido nuestros esfuerzos, y conservaremos siempre el recuerdo de sus palabras como los primeros halagos que hemos recibido en nuestras andanzas.

Fragmento de vida

A la dulce compañera de Roberto Brenes Mesén

Irguióse, y arrojó con desconsuelo la pesada herramienta, que rodó largo trecho por el suelo de aquel taller, con ruido de tormenta.

Alzó luego el desnudo brazo lleno de músculos, y mudo, con la sorda congoja del que siente que el trabajo es un yugo que esclaviza, que deprime y afrenta, lanzó su reto doloroso al cielo en el gesto infernal de una sonrisa.

Asomó sus miradas al abismo de su dolor, y al contemplar la tarde de su existencia, se rompió el mutismo y habló en su corazón, necia y cobarde, la voz del egoísmo:

«Ah! la esperanza halagadora miente cuando te dice en su lenguaje raro, callada y dulcemente: trabaja, hombre, trabaja, de tu frente brota el sudor, ese raudal de vida que riega por los campos la simiente de un porvenir más claro donde la pena actual quede vencida.

Y trabajas, trabajas, y a medida que consumes tus fuerzas en la brega, una nueva ilusión dejas perdida y esa dicha final, tarda... y no llega.

Se agota el brazo, la paciencia acaba, se oscurece la mente, arde en el pecho como hirviente lava la voz de la protesta que se eleva gritando a todas horas: miente, miente la ilosoria esperanza que en las ficciones del mañana, abreva la sed del corazón que se subleva. Menguada es la virtud que nunca alcanza a establecer su imperio, en tanto que la intriga y la venganza pasean triunfadoras por el mundo bajo el palio de brumas del misterio.

Siempre vano, infecundo, muere en las sombras el esfuerzo, y todo, lo alto y lo bajo, lo ancho y lo profundo, se burlan con las risas del beodo del mísero jornal que desafía las penas del cansancio y la amargura.

Por donde quiera salta la ironía que arrastra sus entrañas en el lodo, para decir al pobre: todavía no llega la ventura que sueña tu extraviada fantasía; espera sin cesar, espera, espera hasta que llegue el día de la realización de tu quimera.

Trabaja, bestia del honor, confía, muerde el amargo pan de la penuria y no importa que muera de hambre la fe que tu vigor sostiene en pie, frente a los golpes de la injuria; no vez que así conviene a esa virtud sin miedo y sin mancilla que ante la realidad jamás se humilla?

Al yugo del deber atados, fijos, están los pensamientos vigorosos de todos los obreros... pudorosos...!

A qué, pues, desesperas al ver que gimen de dolor sus hijos y también sus hambrientas compañeras?»

Al llegar hasta aquí, con hondo espanto detuvo sus siniestras reflexiones y una lluvia feraz, la de su llanto, bañó su desencanto y refrescó sus tiernas afecciones.

«Calla, dijo a la voz de la demencia que tornábase a alzar dentro del pecho; has nombrado a mis hijos! quién te ha dado ese feroz derecho de atar a tu cadena de inclemencia con que tienes atado el vigor de mi espíritu, a esos niños frescos y hermosos que lo endulzan todo con la sabrosa miel de los cariños

más grandes de la vida?

Atrás, menguado poder de las tinieblas, será honrado por ellos, lucharé con nuevos bríos hasta vencer al fin!

Cuánto os adoro pedazos de mi amor, hijitos míos!

Vuestras cabezas rubias son el oro más grato a mis callosas manos; siento cuando en ellas las tengo, estremecida la fibra del profundo sentimiento que es hoy la luz de mi afanosa vida.

Por vosotros iré, tumbo tras tumbo por la ruda pendiente del trabajo, siguiendo el mismo luminoso rumbo que conduce hasta arriba, desde abajo; os sentiré vivir bajo mi aliento cariñoso, seré sobre la tierra vuestro mentor, vuestro guardián y amigo.

La reñida existencia no me aterra pues sé que con mi brazo, con honra he de ganar vuestro sustento, y he de ganar con honra vuestro abrigo aunque me ladre la miseria al paso. Y no para amarraros con la cuerda de gratitudes que aborrezco y niego, pues nada me debéis, venís del fuego de una pasión ardiente y venturosa que el hielo de los años no ha extinguido, cual viene de los choques el sonido y del gusano vil la mariposa.

Y si os adoro con cariño intenso, con sin igual ternura, apenas recompensó el grato aroma que dejáis, suspenso en el mustio rosal de mi amargura.

No, lo que anhelo es que aprendáis conmigo a cultivar los sentimientos bellos que alumbran con sus fúlgidos destellos la ruta del amor; lo que ambiciona mi corazón es que viváis unidos para ser buenos y marchar erguidos, y para perpetuar en los pequeños que han de brotar también de los amores de vuestros corazones—como brota de la cuerda la nota, de los campos risueños la pompa exuberante de las flores—la aspiración a la igualdad soñada por tantos pensadores, que en sus castos ensueños miran llegar la humanidad cansada al seno de la paz siempre anhelada».

Calló el trabajador, buscó en el suelo la pesada herramienta, bañada por la lluvia del consuelo que siguió a la tormenta de aquellas nobles ansias borrascosas; por sus mejillas flacas y rugosas que el sudor anegaba tantas veces, corrían silenciosas lágrimas, que arrastraban presurosos los restos de sus fieras altiveces.

Tornó a su puesto y enjugó su llanto; y al comenzar de nuevo el martilleo, lanzó a los aires su tranquilo canto y sonrió, cual si oyera del sol entre los últimos reflejos, resonar en su oído algún gorjeo venido desde lejos... de aquel hogar feliz que amaba tanto, que abandonó a la aurora, donde empezaban ya su ansiosa espera como todas las tardes a esa hora, sus hijos y su noble compañera.

José María ZELEDÓN

ARTURO AGUILAR MORÚA

PASANTE DE ABOGADO Y NOTARIO PÚBLICO

OFICINA:

Frente a la Tesorería de la Junta de Caridad.

AVISO

NO PUBLICAMOS COLABORACIÓN QUE NO HAYA SIDO SOLICITADA